



# En el infierno no hay glamour

LUCY SYKES JO PIAZZA

  
ESPASA

LUCY SYKES Y JO PIAZZA

EN EL INFIERNO  
NO HAY GLAMOUR

Traducción de María José Díez Pérez



Título original: *The Knockoff*

© Lucy Sykes, 2015

© por la traducción, M.ª José Díez Pérez

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Lucy Sykes, 2015

© por la traducción, M.ª José Díez Pérez

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Canciones del interior:

Página 13: *Living' la vida loca*, © 2008 Sony Music Entertainment, interpretada por Ricky Martin

Página 82: *Drunk in Love*, © 2013 Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment, interpretada por Beyoncé.

Página 107: *We didn't start the fire*, © 2011 Sony Music Entertainment, interpretada por Billy Joel

Página 169: *Save the Best for Last*, © 1991 The Island Def Jam Music Group, interpretada por Vanessa Williams

Página 190: *Fancy*, © 2014 Virgin EMI Records, a division of Universal Music Operations Limited, interpretada por Iggy Azalea

Página 238: *Black Album*, © 2003 Roc-A-Fella Records, LLC, interpretada por Jay-Z

Página 240: *Tower of song*, © 1988 Sony Music Entertainment, interpretada por Leonard Cohen

Página 369: *Crazy in Love*, © 2014 Columbia Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Beyoncé

Primera edición: junio de 2016

ISBN: 978-84-670-4789-9

Depósito legal: B. 8.288-2016

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## AGOSTO DE 2015

**A**l principio, Imogen no reconoció a la chica que daba vueltas en su silla y se sacaba una foto de las bailarinas color magenta de Tory Burch y las uñas de los pies pintadas a juego. Sostenía en una mano su iPhone blanco y dorado mientras extendía la otra hacia los zapatos, abriendo los cuidados dedos delante de la pantalla.

Imogen se alisó su magnífico pelo rubio tras las orejas y dio un golpe seco, con seguridad, con el tacón derecho para que la chica, que ahora ponía morritos a la cámara para hacerse un *selfie*, supiera que no estaba sola en el despacho en forma de esquina.

—Uy. —Eve Morton, la antigua asistente de Imogen, se puso firme, sobresaltada. El teléfono cayó al suelo. Un deje de sorpresa afloró a la voz aguardentosa de Eve cuando estiró el cuello para ver si había alguien detrás de ella—. Has vuelto.

Las gráciles piernas de la chica salvaron el espacio que las separaba en escasos segundos para darle a Imogen un abrazo que a ésta se le antojó demasiado familiar. Eve estaba distinta: los rizos rojos habían desaparecido, algún tratamiento de keratina, lo más probable. El cabello, brillante y liso como una tabla, enmarcaba un rostro maquillado de manera impecable con una nariz algo diferente, más bonita de lo que Imogen recordaba.

¿Por qué estaba sentada Eve a la mesa de la directora? La mesa de Imogen.

Imogen se devanó los sesos para dar con alguna razón que justificara la presencia de Eve en ese edificio tan temprano. Ya no trabajaba allí. Había sido su asistente dos años antes, y desde entonces no había vuelto.

Eve había sido una asistente de lo más capaz y, a todos los efectos, una amiga, pero ésa constituía una molesta distracción en su primer día de vuelta al trabajo. Lo único que Imogen quería era organizarse antes de que llegara el resto del personal, bajar a por un capuchino y que alguien la ayudara a desenmarañar su desbordado correo electrónico.

—¿Eve? Cariño, ¿qué haces aquí? Creía que estabas en la Escuela de Negocios de Harvard. —Imogen la esquivó para sentarse en su silla. Hundirse en el asiento de piel después de tanto tiempo la hizo sentir bien.

La chica flexionó las largas piernas en lugar de cruzarlas cuando se sentó frente a ella.

—Terminé en enero, y después fui unos meses a una incubadora de *startups* en Palo Alto. Luego volví aquí, en julio.

¿Qué demonios era una «incubadora de *startups*»? se preguntó Imogen. Se figuró que tendría algo que ver con pollos, pero no tenía ni interés ni ganas de preguntar.

—Así que de vuelta en Nueva York. Qué bien. Seguro que ya te ha echado mano algún gran banco de inversión, ahora que tienes un máster en administración de empresas —repuso Imogen sin alterarse mientras encendía el ordenador.

Eve echó la cabeza atrás con una risa gutural que sorprendió a Imogen por su madurez y su gravedad. Antes, su risa era dulce y cantarina. Ésa era la risa de una desconocida.

—No. Volví a Nueva York y a *Glossy*. Le envié el currículum al señor Worthington en enero. Hablamos justo antes de que te cogieras la baja por enfermedad. En julio volví a instalarme en Nueva York y vine aquí. A ver... es,

bueno..., el trabajo ideal. Me dijo que te lo iba a decir. Ni siquiera pensé que llegarías antes de tu hora habitual..., a eso de las diez. Supuse que te reunirías con Worthington y que él te pondría al corriente de mi nuevo puesto.

Antigua asistente. Nuevo puesto. Eve, veintiséis años, los ojos recargados de *eyeliner* color berenjena y rebosantes de visible ambición, sentada en el despacho de Imogen.

Imogen había hablado con Carter Worthington, editor y jefe suyo, exactamente dos veces durante los seis meses que había permanecido alejada del trabajo. Por primera vez desde que había entrado por la puerta de *Glossy* esa mañana, miró el lugar con atención y reparó en pequeñas diferencias. La mayoría de las luces seguían siendo tenues, lo que acentuaba el mantecoso sol de la mañana que se filtraba por las ventanas, más allá de los ascensores. Sin embargo, el espacio, de diseño tradicionalmente sobrio, parecía más cargado. Cuando se fue, en la planta había espaciosos cubículos con paredes divisorias bajas, cada una de las mesas con espacio suficiente para dar cabida a un teclado y una pantalla de ordenador. Ahora las particiones habían desaparecido, y unas mesas de menor tamaño formaban una hilera continua en la habitación, los ordenadores portátiles tan cerca unos de otros que parecían fichas de dominó listas para caer. Su fotografía preferida, un primer plano del rostro de Kate Moss de Mario Testino, no estaba en la pared. Su lugar lo ocupaba un ancho tablero blanco repleto de listas numeradas y garabatos en rotuladores de todos los colores, y en las paredes gris perla se distinguían frases en cursiva resaltadas por juveniles colores: «¡Arriesgarse te da energía!», «¿Qué harías si no tuvieras miedo?», «¿Qué haría Beyoncé?», «¡Grande, Genial, Gloriosa, Glossy.com!». En el despacho de Imogen faltaba algo importante: su panel de corcho de ideas; por lo general, lleno de recortes de revistas, páginas arrancadas de reportajes fotográficos, trozos de tela, fotografías anti-

guas y cualquier cosa que le gustara y le sirviera de inspiración.

«¿Quién demonios ha pensado que podía quitar mi panel?»

La asaltó una sensación de angustia irracional en el estómago. Algo había cambiado, y lo que quiera que fuese que había cambiado no le gustaba. Lo único en lo que podía pensar era: «Sal de mi despacho», pero, tras una breve pausa, preguntó educadamente:

—Y ¿cuál es exactamente tu nuevo trabajo aquí, Eve?

—En ese momento cayó en la cuenta de que un enorme puf rosa bailarina ocupaba un rincón de la estancia.

—Estoy a cargo del contenido digital de Glossy.com.

—Eve esbozó una sonrisa breve pero poco convincente mientras se toqueteaba la laca de uñas.

Imogen mantuvo su cara de póquer y lanzó un suspiro de alivio para sí. Bien. Eve sólo estaba a cargo de los contenidos de internet. Durante un segundo se había puesto nerviosa y había pensado que ocupaba un cargo importante del que ella no tenía noticia. Estaban en 2015, claro, y la revista tenía una página web, claro, y sin duda todo eso quería decir algo. Pero la página web no era más que un apéndice necesario de las páginas físicas de la revista, que se utilizaba principalmente como vertedero de favores para anunciantes y artículos adicionales, ¿no? La chica estaba a cargo de algo bastante intrascendente. Aun así, ¿por qué nadie había consultado a Imogen antes de contratar a su antigua asistente para que ocupase un nuevo puesto? Así no se hacían las cosas.

—Me muero de ganas de hablar de todos los cambios

—continuó Eve—. La página nunca ha tenido tanta fuerza. Creo que te va a encantar el nuevo lanzamiento.

Un dolor de cabeza amenazaba con apoderarse de Imogen.

—Me parece estupendo que por fin hayan rediseñado

la página web. Y me alegro mucho de que hayas vuelto. Me encantaría comer contigo cuando me haya puesto al día con todo esto. —Asintió con la esperanza de que la chica se largara de una vez para que ella pudiera empezar la jornada. Quizá una broma acelerase el proceso—: Siempre y cuando el nuevo diseño no tenga nada que ver con mi revista y... —esperaba dejar clara su postura— siempre y cuando no le hayan dado a alguien mi despacho.

Eve pareció confusa, las extensiones de pestañas alejándose como colibrís.

—Creo que deberías hablar con Carter —repuso.

A Imogen se le hizo raro percibir un tono vagamente autoritario en la voz de veintiséis años de Eve, y más extraño aún que mencionase a su jefe, Carter Worthington, por su nombre de pila. De pronto notó que el corazón empezaba a latirle con más fuerza de nuevo. No se había equivocado la primera vez: Eve no estaba trabajando únicamente en la página web. Por un instante, le preocupó que Eve, a la que en su día se le daba tan bien anticiparse a todas sus necesidades, pudiera leerle el pensamiento ahora. Se puso de pie.

—Lo cierto es que tengo una reunión con él —mintió Imogen—. A primera hora de la mañana. Debería ir subiéndolo.

Cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro, dio media vuelta y se alejó de Eve, pasando por delante de varias mujeres jóvenes a las que no reconoció y que llegaban en ese momento. La mano le temblaba. En su rostro no había más que una sonrisa petrificada cuando llamó al ascensor para bajar al vestíbulo. En un edificio tan grande, había que bajar para ir a una planta superior.

Gus, en el puesto de café del vestíbulo, prácticamente saltó por encima del mostrador para ir a su encuentro mientras ella avanzaba a toda prisa entre las dos baterías de ascensores del edificio.



—Pensé que ya no volvía —exclamó. Desprendía un olor dulzón a canela y leche caliente. El bigote rubio se le movía con cada sílaba—. ¿Cómo ha sobrevivido la revista seis meses sin su directora? Seguro que la han echado muchísimo de menos. —Le estrechó la mano con cuidado. Naturalmente sabía por qué se había ausentado. Habían intentado que no llegara a oídos de los periodistas, pero, en la época en que les había tocado vivir, era difícil que las cosas no acabaran en la prensa del corazón.

En febrero, hacía medio año, a Imogen le habían diagnosticado un cáncer de mama en estadio II en el pecho izquierdo, la misma enfermedad que se había cobrado la vida de su abuela y de dos de sus tías. En marzo decidió someterse a una mastectomía doble y a una reconstrucción para erradicar el tumor y evitar que se extendiese. Se había pasado los seis meses siguientes recibiendo quimio y recuperándose.

—Pues aquí estoy. —Imogen se obligó a dedicarle una sonrisa afectuosa.

Todo aquello era demasiado antes de las nueve de la mañana, pero al menos Gus irradiaba amabilidad y le ofrecía la promesa de cafeína. La llevó hasta el puesto y, sin necesidad de que dijera nada, se puso a prepararle un café y coronó la espuma con un tierno corazón. Negándose a aceptar los cuatro billetes de dólar que ella sacó de la cartera, le puso el vaso en la mano.

—Invito yo. Que tenga muy buen día. Si hubiera sabido que éste era su primer día, le habría pedido a mi mujer que le preparara algo especial..., unos *baklava*..., y con la miel que le gusta. ¿Estará aquí mañana? Los hace esta noche. Se los traigo mañana. Con la miel.

Imogen asintió y le dio las gracias, saboreando el chute de cafeína mientras se dirigía hacia el ascensor. Ahora eran muchos los trabajadores que entraban en el vestíbulo. Un atractivo hombre de mediana edad con el pelo entre-

cano y un pañuelo en el bolsillo del immaculado traje miró con cara de aprobación las piernas de Imogen al unirse a ella en el ascensor.

Mientras subía, con la cabeza aún dándole vueltas, Imogen recordó con claridad el momento en que Eve Morton había entrado en su vida, cinco años antes. Acababan de ascenderla a directora de *Glossy* y estaba exhausta tras semanas de entrevistas a candidatos para ser su asistente. Recursos humanos le había enviado prácticamente al completo el último curso de Le Rosey (la escuela privada suiza a la que los norteamericanos ricos mandaban a sus hijos malcriados para que conociesen a otros norteamericanos ricos); todos los aspirantes, aburridos y privilegiados. Ninguno tenía ese empuje inefable que haría que fuesen lo bastante ambiciosos para destacar en *Glossy*. Imogen sabía mejor que nadie lo importante que era que alguien fuese ambicioso para enfrentarse a un trabajo así. Había sido asistente, en su día, de su primera jefa y mentora, Molly Watson, directora de la revista *Moda*, la persona más estimulante que había conocido en su vida.

El día que Eve Morton entró en las oficinas de *Glossy* por primera vez le faltaba una asignatura para licenciarse en la Universidad de Nueva York. Llevaba una gabardina arrugada, estaba hecha una sopa, con el pelo por toda la cara; parecía un gatito despeluchado. Era uno de esos días lluviosos de abril que convierten incluso a los neoyorquinos curtidos en tímidos turistas en su propia ciudad, reacios a salir sin la promesa de un coche listo para llevarlos hasta su próximo destino.

Aunque era alta y ancha de espaldas, Eve se mostraba tímida y vergonzosa. Con todo, tenía un brillo en los ojos que ganó en intensidad en cuanto sacó su portátil para enseñarle una presentación en PowerPoint con diapositivas de páginas de revistas desde principios de los años noventa hasta la actualidad.

—He leído todas las revistas en las que ha trabajado —afirmó con su boca ligeramente torcida pero no del todo fea—. Éste es el momento más emocionante de mi vida, estar sentada aquí, en este despacho. Usted es una de las mejores redactoras del mundo, de veras. Creo que también he leído todo lo que se ha escrito de usted. Me encantan las fiestas que organiza con los diseñadores durante la Semana de la Moda y el hecho de que pidiera expresamente que no la sentaran cerca de Kim Kardashian en los desfiles de Londres. Me encantan todos los cambios que ha hecho en *Glossy*. Usted es el motivo de que quiera trabajar en revistas.

Imogen no era inmune a los halagos, pero sí contaba con un excelente detector de chorradas. Aun así, no creía haber conocido nunca a nadie que se hubiera leído todos los números de *Glossy* de los últimos tres años, de *Harper's Bazaar* los dos años anteriores y de *Elle* los dos previos. Ni siquiera estaba segura de poder decir en serio que ella se había leído todos esos números de principio a fin. Imogen escudriñó a la chica con cierta incredulidad, el bajo de su falda de J.Crew aún goteando en la blanca madera noble de su despacho.

—¿Qué puedo decir?, gracias, pero parece usted demasiado joven para llevar tanto tiempo leyendo mis revistas.

—Bueno, es que llevo haciéndolo desde que aprendí a leer. Cuando presentó las colecciones de alta costura en los andamios para limpiar las ventanas a setenta pisos de altura en Times Square..., en serio, casi me muero.

Eve se refería a un reportaje fotográfico que más tarde la prensa definió como «a la altura de las circunstancias», para el que Imogen imaginó a las modelos actuando de limpiacristales, con los fotógrafos en el papel de espectadores en distintos pisos. Supermodelos icónicas colgaban como insectos de los alféizares, los vestidos ondeando debidamente al aire. Las primas de seguros de la revista se

dispararon, pero ello no impidió que Imogen se hiciera con toda una estación de metro para el reportaje del mes siguiente y con un supermercado en Queens para el próximo. Para ése llevaron jamón marcado con el logo de Chanel.

—Cuando vi aquello... cambió por completo el rumbo de mi vida —admitió Eve, devolviendo a Imogen al presente con unas palabras que no creía del todo que pudieran ser verdad.

—¿Yo? ¿Aquello? Dios mío, ¿cómo?

—No podía quitarme esas imágenes de la cabeza. Se me quedaron grabadas a fuego. Eso no era de este mundo. La ropa cobró vida para mí. A partir de ese momento supe que había encontrado algo que estaba hecho a mi medida en el mundo. Supe que mi destino estaba en Nueva York, donde se hacían esas revistas. Envié la solicitud a la Universidad de Nueva York y al Instituto Tecnológico de la Moda. Me aceptaron en las dos, y me decidí por la Universidad de Nueva York para poder elegir las asignaturas principales, centrándome en marketing, dirección e historia de la moda. A partir de entonces siempre he tenido claro que lo único que quería era venir aquí a trabajar con usted. Las innovaciones que ha introducido en las revistas de moda han sido lo más emocionante que se ha visto en los contenidos editoriales desde hace décadas.

Al cabo, Eve se encogió un tanto de hombros, como si se hubiese quitado un peso de encima ahora que había soltado un monólogo ensayado muchas veces delante del espejo de una residencia estudiantil lleno de marcas de dedos y manchas de limpiacristales.

Imogen le sonrió. Se le daba bien aceptar cumplidos, pero aquello le resultaba difícil de asimilar incluso al ególatra más veterano.

—¿Y bien?, ahora que está aquí y lo ha visto todo de cerca, ¿qué le parece?

Eve echó una ojeada a la habitación con sus enormes ojos verdes.

—Es mejor incluso de lo que esperaba. Sé que puedo aprender mucho de usted y haré lo que haga falta para facilitarle la vida todo lo posible. —Y añadió—: Deme una oportunidad. Cambiaré su vida.

Al oír esa frase, Imogen debería haber sentido escalofríos, pero ella no era Casandra, y estaba desesperada por contar con alguien trabajador y ambicioso que pudiera empezar de inmediato.

Eve Morton cumplió exactamente lo que prometió. Era espabilada. Era eficiente. Aprendía deprisa y obtenía resultados rápidamente, demostrando su valía en cuestiones importantes y secundarias. Hablaban todo el día a través de la puerta abierta de Imogen. El hijo de ésta, Johnny, tuvo una neumonía durante muchas semanas poco después de que Eve ocupara su puesto. Juntas diseñaron un sistema furtivo que ocultó al resto de la revista el hecho de que Imogen se ausentara horas para ocuparse de él. Eve montaba guardia a la puerta de su despacho, desviando las llamadas al móvil de Imogen y asegurando a las visitas que estaba trabajando como una mula y no se la podía molestar. Eve imprimía nuevas versiones de las maquetas y se las llevaba a casa a Imogen después de que todo el mundo se hubiera marchado por la tarde. Imogen efectuaba los cambios a mano e Eve los convertía en impresionantes maquetas antes de la reunión del día siguiente. Su ayuda no tenía precio.

A Imogen le llamó la atención desde el principio las ganas que tenía Eve de amoldarse y agradar. Si alguien mencionaba que necesitaba hacer una reserva en un restaurante, Eve le daba cinco opciones. Si decía que le gustaba su pulsera, le compraba una por su cumpleaños. Cuando Imogen se puso mechadas color miel en el pelo, Eve la imitó.

El guardarropa de la chica pasó de prendas básicas de

J.Crew a diseñadores mucho más deseables, financiado principalmente por una serie de pretendientes mayores que ella que solían pasar a recogerla por la oficina en sus vehículos con chófer por la noche. Eve se guardó para sí su ambición como si fuera una muñeca rusa. Cada vez que retiraba una, parecía tener más confianza, más seguridad en sí misma.

Justo cuando Imogen se planteaba seriamente ascenderla a jefa de redacción, después de dos años y medio de entrega, Eve llamó a su puerta con los ojos rojos. Para complacer a su padre, un duro entrenador de fútbol de instituto con la mayor cantidad de victorias en los campeonatos del estado de Wisconsin, un hombre que deseaba haber tenido un hijo que llegara a ser un banquero de primera en lugar de una hija que trabajaba en moda, Eve hizo el GMAT, el examen necesario para solicitar su ingreso en la Escuela de Negocios. No esperaba entrar, pero Harvard le ofreció una beca para realizar el máster. Eve no fue capaz de decirle que no a su padre.

Y así fue como Imogen perdió a la mejor asistente que había tenido en su vida. Como regalo de despedida, Imogen le dio a Eve un pañuelo en sarga de seda roja *vintage* de Hermès.

Eve le envió flores dos veces cuando se enteró de que estaba enferma. Uno de los ramos llegó con una tarjeta donde se veía a un gatito triste que le daba con el morro a un gato atigrado más mayor y regordete, y en la que se leía: «Ponte bien pronto». El otro, un jarrón con magnolias color marfil, las flores preferidas de Imogen, llegó sin tarjeta. Tan sólo con un papel firmado como «Eve» en letras grandes.

Antes de que el ascensor abriera sus puertas al espacio reservado a los altos directivos que albergaba el despacho de Worthington, Imogen se dijo unas palabras para motivarse: era Imogen Tate, directora de éxito, la responsable de insuflar nueva vida a *Glossy* y hacer que cambiara de

rumbo cuando todo el mundo decía que era imposible. Había ganado premios y se había granjeado el favor de los anunciantes. Durante el breve trayecto, Imogen había decidido actuar de la manera más desapasionada posible con Worthington. A su jefe le caía bien, la respetaba, porque siempre era muy prudente. Imogen pensaba que su capacidad para calar a la gente era una de sus mejores cualidades.

Echando los hombros atrás, pasó por delante de las dos asistentes de Worthington, bastante corrientes. La cuarta mujer del editor, una antigua reina de la belleza y antigua asistente suya (mientras estaba casado con su tercera mujer), había exigido que fuesen del montón, ya que sabía exactamente de lo que era capaz su marido con jovencitas ambiciosas. Una de las jóvenes asistentes se movió para impedirle el paso a Imogen, pero —demasiado tarde— tropezó con una poco favorecedora falda hasta los pies. Cuando Imogen atravesó las imponentes puertas de roble, Worthington, siempre madrugador, y más ahora que la empresa hacía tantos negocios con Asia, se hallaba frente a las ventanas con vistas al centro de Manhattan. El despacho era una mezcla de acero, cristal y madera oscura —*art déco* de crucero—, con apliques de latón alemanes que en su día habían embellecido el salón de baile de un transatlántico de la compañía Cunard. Con los hinchados dedos asiendo perezosamente la parte superior de un *putter*, parecía un dibujo de Hirschfeld de un ejecutivo que no pasaba hambre. Era un hombre feo, al que el dinero dotaba de atractivo. Con la nariz bulbosa y las orejillas rosadas, era Piggy, de *El señor de las moscas*, que había crecido hasta llegar a ser un macho alfa. Imogen había oído decir a todas las mujeres que habían estado casadas con él que era divertido, excéntrico, un genio y un lunático.

—Imogen —la saludó con voz atronadora—. Estás estupenda. ¿Has perdido peso?

Sus ojos la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose

demasiado tiempo en los pechos. ¿Intentaba averiguar si habían mejorado? «Sí, Carter, estos pechos tienen unos diez años menos y son más turgentes y firmes. Quizá algo más redondos. Gracias por fijarte», no pudo evitar pensar Imogen. Cuando un mecánico arreglaba un motor, siempre le hacía una pequeña puesta a punto.

Resuelta a mantener una apariencia de sereno control, sonrió al tiempo que se acomodaba en el sofá de piel color crema, a la derecha del minigolf, y fue directa al grano.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto a contratar a Eve Morton.

En la mesita de acero de Gemelli, colocados debidamente, había ejemplares de las memorias de Worthington. Su mandíbula, retocada para que su línea fuese más definida, se veía sobre el título en negrita en la parte inferior de la cubierta: *Worthington: un hombre de valía*.

—Sí. Sí. Una chica lista, esa Eve. Tiene un máster de Harvard, ¿sabes?... Y unas piernas kilométricas..., como Susan Sarandon de joven. Madre mía, esa hembra sí que sabía divertirse —dijo él, guiñando un ojo a nadie en particular.

Imogen se había acostumbrado hacía tiempo a que en el léxico de Worthington las mujeres, incluida Susan Sarandon, fuesen «hembras», «pollitas» y «muñecas», un ensamblaje de partes bellas o no bellas en lugar de un todo competente. Hablaba más como un tahúr de Atlantic City que como un editor de Manhattan. A su jefe nunca le habían interesado los chismorreos, pero aun así Imogen se preguntó si debía de estar al corriente de que ése era su primer día en la oficina. Y no sabía qué tenían que ver un máster de Harvard y unas piernas kilométricas con trabajar en la página web de una revista. Imogen tenía amigos que habían estudiado en escuelas de negocios a finales de los años noventa y principios de 2000. No sabía cómo sería cuando había ido Eve, pero, para muchos de esos amigos,



los másteres en administración de empresas venían a ser dos años de campamento de verano para adultos con fiestas donde corría la cerveza y viajes de estudios: una madurez retrasada que los catapultaba indiscriminadamente al siguiente estrato social.

Intuyó que Worthington sentía cierta buena disposición hacia Eve, así que le siguió el juego.

—La primera de la clase, por lo visto. Estoy encantada de que haya vuelto —repuso Imogen con una sonrisa medida a la perfección—. A la página web le viene bien contar con gente buena.

—Va a ser mucho más que una página web, Imogen. Sinceramente, ni yo mismo sé muy bien lo que va a ser, pero creo que nos hará ganar un montón de pasta. —Worthington hizo una pausa como para tomar en consideración los beneficios de que volvieran a ganar una cantidad enorme de dinero.

No hacía mucho, la empresa consultora McKittrick, McKittrick y Dressler se había instalado en Mannering para intentar averiguar por qué la compañía, en particular la sección de revistas, perdía tanto dinero. No era preciso contratar a un consultor que cobraba quinientos dólares la hora para saber adónde estaba yendo a parar el dinero. Estaba el colaborador que tenía un pisito en el primer distrito de París para hacer escapadas de fin de semana con un sinfín de jóvenes amantes. Siempre había una suite en el Four Seasons de Milán a disposición de los jefazos durante los desfiles de moda y un fin de semana sí y otro también. Estaban las cláusulas adicionales en los contratos principales (el de Imogen incluido) relativas a coches, ropa y tintorería. Worthington lanzó un suspiro por los viejos tiempos mientras golpeaba la bola de golf y la hacía avanzar unos centímetros hasta el hoyo.

—Me alegra que estés encantada —continuó—. Me preocupaba que no te tomaras bien la noticia. Sé lo mucho

que te gustan las páginas satinadas. Me preocupaba que no te gustara el salto a la revista digital. A decir verdad, me preocupaba que pudieras dejarnos. Pero todos sabemos que ha llegado el momento de que esta empresa dé prioridad a lo digital.

«¿Qué era una revista digital?», se preguntó Imogen. Nada de lo que salía de esa boca de pez tenía sentido. Claro que le gustaban las páginas satinadas de la revista. Era su trabajo. ¿Se refería a que habría más partes de la revista en internet? ¿Por eso habían contratado a Eve? Quizá los programas de estudios de los másteres en administración de empresas actuales enseñaran a ganar dinero colocando una revista en internet, algo que Imogen no creía posible. En unos pocos años se habían producido muchos cambios. El mundo editorial era distinto ahora. Ella lo sabía. Blogs, páginas web, tuits, enlaces y envíos cruzados. Ésas eran las cosas que interesaban a la gente.

Worthington se sacó una bola reluciente del bolsillo y prosiguió:

—El nuevo modelo de negocio que sugiere Eve no se parece a nada que yo haya visto nunca. Es como un cruce de Amazon con Net-a-Porter de esteroides. Y pensar que sacamos tajada de todos y cada uno de los artículos que vendemos... Esto es lo que salvará a la empresa. Por no hablar del dinero que nos ahorraremos en impresión y envíos.

Cuando asimiló lo que quería decir esa nueva información, Imogen tuvo la sensación de que las paredes de la oficina se estrechaban. Los músculos de sus ojos se tensaron y se crisparon. Tenía la cabeza a punto de estallar y el estómago revuelto. Se clavó las uñas en la palma de las manos. «Cálmate.» Había sido una idiota al pensar que podía dejar su trabajo durante meses y esperar que todo siguiera como cuando se marchó.

Esbozó otra sonrisa forzada.

—Carter, ¿qué intentas decirme? ¿Qué va a ser de mi revista?

Su jefe la miró como si tal cosa y repuso en un tono que solía reservarse para sus gemelos de cinco años:

—Tu revista ahora es una aplicación.